



¿Y si él gana?

Pablo Barahona Kruger
ANÁLISIS

La aversión hacia Donald Trump es el anverso del favoritismo hacia Hillary Clinton. No es que ella sea "gran cosa", política mente hablando, sino apenas la más inocua. Es más, Hillary es tan mala candidata que probablemente el único que podría ganarle es a Trump.

Seamos claros, los Clinton no son ningunos angelitos. Son varios los "cadáveres" que guardan en el closet. Desde el escándalo de Whitewaters, nombre de un oscuro y multimillonario desarrollo inmobiliario gestado durante la gubernatura de Bill Clinton en Arkansas, hasta los escándalos fallidos de él, que tampoco se cuentan en singular sino en plural y no se agotan en los nauseabunda relación de

mes Madison, no por nada, contados entre los "padres fundadores".

Y pensando desde y para Latinoamérica, digámoslo de una vez, aumentando la suma: tampoco es que Hillary torció el cuello hacia América Latina y el Caribe. Muy por el contrario, uno de los reclamos mejor puestos contra los dos mandatos de Obama fue su desinterés tácito por este subcontinente que siguieron viendo como patío trasero y un lastre al que si acaso lanzó migajas de atención.

Y para terminar de hacerla, los conflictos de intereses que se sobrepone unos sobre otros cada vez que salen a flote las multimillonarias "donaciones" recibidas por la Fundación Clinton, y empresas "chinueadas" por el Departamento de Estado, mientras ella estuvo al frente.

Poco calificada. Así que Hillary, la pura verdad, es un desastre. Ni es muy transparente, ni muy profunda, ni mucho menos carismática. Es más, sus discursos suelen ser tremendamente,

insípidos, pese al ejército de amanuenses a sueldo que le escriben y el consabido dispositivo que monta todo un *show* alrededor suyo, cada vez que aparece en escena.

Y para colmo de colmos, Hillary ni siquiera es el mejor ejemplo femenino a seguir. Pues no son pocas las voces, incluso feministas, que no están tan claras de que una mujer que cohonestó el engaño y la humillación, una vez tras otra, sea el mejor *role model* para las generaciones de mujeres que, al menos en apariencia, los analistas suelen suponer de su lado en las próximas elecciones. Aun con un contendor misógino como Trump al frente.

Impresiona la mediocridad absurda de la cultura política norteamericana, que se autoflagela, esta vez, con una candidata demédiocre a mala y un candidato entre pésimo e inapresentable.

Esta campaña ha sido tan vergonzante para los propios votantes estadounidenses que el voto oculto (no registrado en las encuestas) podría ser significativo e inclinatorio. No siendo pocos los que votarán por su trabajo, su se-

Impresiona la mediocridad absurda de la cultura política norteamericana

guridad y un nacionalismo siempre exacerbado por el legendario individualismo impreso en la genética liberal norteamericana, atrozmente representado, ahí sí, por un candidato megalómano, sin escrúpulos e inculto, que no por ser vengencioso, resultado del todo inútil en consideración de amplias capas desempleadas e inseguras.

Que no pase aquí lo que vivió de cerca en Colombia cuando asistió al plebiscito y notó a todo el mundo, incluidos los analistas, los medios y las voces oficiales, esperando una sola respuesta, como si las otras opciones que las estadísticas no favorecen y los medios no comentan, no fueran también una opción real para los electores: dos sentimentales, volátiles y muy, pero muy egoístas.

Así que mejor irse preguntando: ¿Y si él gana? ■